

# ARNO LA DOMA DEL ELEFANTE



NATALIO GRUESO

 SAMARCANDA

---

---

# 1

La posada se llamaba Bellavista, y desde las balconadas de su fachada se divisaba el tanatorio municipal. Las ráfagas de viento marcaban el compás del baile, un paso adelante un paso atrás, del rótulo engalanado con tubos de neón con caries que anunciaban la miserable fonda. Los charcos sobre los adoquines del bulevar de árboles agonizantes, reflejaban el parpadeo perplejo de las luces de la pensión, como si se sorprendieran de que alguien quisiera alojarse allí. El chapoteo de las pisadas anticipaba la figura encorvada de un hombre embozado en una gabardina empapada, coronada por un sombrero borsalino de cuyas alas caían ríos de agua como cataratas en tiempo de deshielo. En la mano una maleta de viaje, y en la boca la luz rojiza de la brasa de un cigarrillo que, como un faro que alerta bajíos en la noche, viene y va. Al abrir la puerta una campanilla delata con su estridente tintineo la llegada del visitante. El recepcionista, sin ocultar la molestia que le causa la presencia del forastero en plena noche, ni siquiera se levanta del raído sillón en el que ha encallado su cuerpo orondo, un sillón viejo y ajado, rajado por los años y por el uso, dejando sus tripas de vellón siliconado a la intemperie. El visitante solicita una habitación. Paga por anticipado y deja una buena propina con instrucciones de que no le mo-

---

lesten por la mañana. Está cansado y desea dormir. El portero de noche, atrincherado tras el mostrador de formica en cuyo extremo un gato dorado de plástico reparte suerte subiendo y bajando una pata, lo mira con el desprecio que le causa su propia vida, toma la propina y le entrega la llave. Se miran a los ojos como dos náufragos que acabaran de encontrarse en la misma isla desierta, yo, Robinson, tú Viernes. El visitante saca otro billete del bolsillo de su gabán y lo deja encima del mostrador. Luego coge su maleta y sube las escaleras camino de su cuarto. Al llegar al primer rellano oye un zumbido lejano que se parece a un amable «buenas noches» tan improbable como las cerezas en diciembre.

A la mañana siguiente el día, perezoso, siguió durmiendo, ni la oscuridad ni la lluvia se fueron. El viento continuaba columpiando el cartel de neón bermellón, y la vida parecía haberse exiliado de la ciudad. El sebosos recepcionista respetó el pacto e instruyó a la muchacha encargada de hacer las habitaciones para que no molestara al caballero del gabán y el sombrero. Pero cuando pasó la hora del ángelus y el mediodía no era ya más que la espuma que deja atrás un barco al navegar, subió a la habitación del forastero y aporreó la puerta. Hasta aquí habían llegado los poderes mágicos de la propina. Volvió a golpear con fuerza, pero nadie respondió. Entonces sacó el manajo de llaves, llaves de carcelero, y abrió la puerta del cuarto. Sobre la cama estaba el hombre, tumbado boca arriba, vestido con su gabán y con el sombrero borsalino descansando sobre su pecho. Sobre la cómoda de madera carcomida estaba la maleta, sin abrir, tal cual la había dejado allí la noche anterior. En el cenicero la pátina negra de años de servir de cementerio a cigarrillos. Por lo demás la habitación estaba impecable en su miseria, el armario desvencijado, la silla coja, el aguamanil sobre la pila de latón. La ventana estaba cerrada, la luz apagada. No le hizo falta al sebosos recepcionista decir palabra ni tocar al forastero. Era evidente que estaba muerto.

---

## 2

Los coches esperaban a la puerta de la comisaría emitiendo destellos azules que anticipaban estruendo de sirenas. Daba igual que fuera domingo y que apenas hubiera tráfico, lo importante era anunciar a la concurrencia que la policía hacía su trabajo y se ponía en marcha con premura y eficacia. Era algo tan ridículo como esperar que tanta urgencia pudiera aliviar al muerto, o que el asesino, en caso de que se tratara de un crimen, estuviera ansioso por verles llegar, diciéndose a sí mismo que como tardaran un poco más en aparecer se iría y se llevaría las pruebas. Cuando se lo hacían notar al inspector, este se encogía de hombros y se escudaba en que eso era lo que marcaba el protocolo, y que los protocolos no los había inventado él.

—Sirve para tranquilizar a la gente —decía el sargento, digno representante de esa estirpe de seres humanos que jamás se plantean si lo que hacen tiene algún sentido—. No me pagan para que piense, lo mío es obedecer.

Y ciertamente era lo único que hacía, un trabajo que bien podría sacar adelante un robot. O un burro.

---

El inspector odiaba su trabajo. En el fondo él siempre había querido ser artista, pero no había llegado más que a ser un alma de artista atrapado en el cuerpo de un policía.

—Dios, ¿qué he hecho tan mal como para acabar trabajando en algo que detesto, algo tan alejado de mi vocación? —se preguntó.

Pero ya era final de mes y la nómina ingresada con puntualidad en su cuenta bancaria le ayudaría a dar respuesta a su pregunta. Qué baratos vendemos en ocasiones nuestros sueños, sin darnos cuenta de que en esta partida sólo hay una mano. La voz temerosa de uno de los agentes a su cargo —¿nos vamos, señor?— terminó de un plumazo con sus reflexiones. Le esperaba un cadáver. «Como si los cadáveres tuvieran prisa para algo», pensó.

La pintoresca caravana se puso en marcha, comparsa carnavalesca anunciando a quien no estuviera interesado el advenimiento de los hombres de la ley. Tanta parafernalia les sirvió para saltarse un semáforo en rojo y arrancar el llanto de un bebé que hasta entonces dormía plácidamente en su sillita de paseo.

—¡Apague eso, por el amor de Dios! —exclamó el inspector.

El sargento lo miró con resignación, empleando la paciencia que utilizaría con un niño torpe al que hubiera que repetirle las cosas varias veces. Pero no fue necesario que lo hiciera, la mirada resignada era lo suficientemente elocuente.

—Ya —musitó el inspector con alma de artista— es el protocolo.

Los cuatro vehículos que formaban la comitiva aparcaron frente a la desvencijada posada, bajo el cartel de neones caridosos que seguía bailando, un paso adelante un paso atrás, al compás del viento, testigo mudo del exagerado despliegue policial que no hacía más que confirmar dos realidades: que un forastero hallado muerto en el barrio era todo un acontecimiento, y que las películas de policías habían hecho mucho daño. Por si el show no tuviera

---

aún los suficientes personajes en escena, no tardarían en incorporarse a la romería los de la científica, el forense y la juez de guardia que habría de certificar el deceso y ordenar el levantamiento del cadáver, como si el desgraciado muerto necesitara permiso para irse de este mundo. La policía, por su parte, cumplió con lo que se esperaba de ella, acordonó la zona, tomó muestras, interrogó a testigos. El seboso recepcionista relató la breve conversación que habían mantenido la noche anterior. La camarera confirmó que, siguiendo instrucciones de su jefe, no se había acercado a la habitación del huésped en toda la mañana. Nadie oyó ningún ruido. Nadie vio nada extraño. Los agentes certificaron que las ventanas del cuarto estaban cerradas por dentro, y que no había escondites ni puertas ocultas. Nadie había forzado la cerradura, nadie había entrado en el hotel en toda la noche. Los tres o cuatro clientes que habían pernoctado en la pensión tampoco añadieron ningún dato relevante. Era la primera vez que un suceso tan dramático ocurría en el hotel.

—Este es un establecimiento de categoría, qué se ha creído — señaló orgulloso el seboso recepcionista mientras eructaba y se rascaba los huevos.

Todo parecía indicar que los chismosos del barrio iban a quedarse sin historia truculenta de crímenes y asesinatos con la que entretenerse en las tertulias. Aquello olía a leguas de distancia a muerte natural, a infarto fulminante, a derrame cerebral o a suicidio. Pero desde luego no parecía haber demasiado misterio con el que pudieran entretenerse los aprendices de detectives que tan aficionados eran a descifrar enigmas jugando a ser Sherlock Holmes. Por una vez todo era elemental, querido Watson, o al menos eso era lo que pensaban todos los convocados alrededor del cadáver, amortajado en su propio gabán, el seboso recepcionista, el inspector con alma de artista, la jueza de guardia. Lástima que la única voz discordante que rompía tanta armonía la diera

---

precisamente quien menos debía, que en este caso no era el concertino, sino el forense.

—¿Y dice usted que este hombre llegó al hotel ayer por la noche?

—Sí señor —respondió el recepcionista— yo mismo le di la llave.

El forense ladeó la cabeza y se mordió el labio.

—Mírelo bien, ¿está usted seguro de que era este hombre?

El tosco posadero acercó su pesada mole de carne hasta la ribera de las sábanas, contempló el rostro del muerto, un rostro relajado, en paz, de guerrero tras la batalla, y respondió:

—Sí, señor, no hay duda. Era él.

Entonces el forense comenzó a cerrar su maletín, como si todo estuviera ya dicho y no hubiera nada más que hablar, y mirando a la lluvia que lloraba el duelo por los cristales de la ventana, exclamó:

—Eso es imposible. Este hombre lleva muerto al menos tres días.

---

# 3

Luz blanca de quirófano en el que se preserva la vida, sólo que allí lo único que se conservaba era la muerte. Nívea luz de relámpago que hería la vista, poderoso resplandor de nevera abierta, de sala de interrogatorios en la que resulta imposible ocultar una arruga, un gesto, un lunar. Almacén de cadáveres, depósito de carne y huesos a la espera de sepultura o cremación. Frío, mucho frío, y un pegajoso olor a alcaloides y cubetas de fotógrafo, con su revelador, su baño de tenedor y su fijador. Todo ello innecesario, por otra parte, porque a la muerte ya no había quien la borrara de allí.

El forense se movía por la morgue con la familiaridad del que anda por el salón de su casa. El forastero, despojado del gabán, expuesta la carne mórbida sin el abrigo del pudor, yacía sobre la camilla de acero inoxidable ofreciendo solomillo y lomos al carnicero que, bisturí en mano, se disponía a hurgar en sus entrañas. El estilete, acerado y reluciente, recorría la carne dejando un surco amoratado a su paso, como un arado que siembra la tierra yerma sabiendo que no podrá recoger fruto alguno. Lo manejaban con precisión los dedos amarillentos, apergaminados como la piel de un tambor, olorosos a años de nicotina y formol que habían terminado por desteñir las yemas de los dedos hasta hacerlas alcanzar

---

un color coherente con su nombre. El forense ladeó la cabeza y se mordió el labio, repitiendo un gesto tan mecánico, tan propio de él, como respirar, justo lo único que eran incapaces de hacer sus pacientes de la morgue.

El inspector con alma de artista aborrecía las autopsias. Consideraba que eran una agresión mezquina y cobarde a la dignidad de las personas, expuestas en el mostrador del mercado de abastos como mercancías al peso, indefensos cuerpos a merced del escrutinio científico y morboso de unos funcionarios que bailaban sin invitación con los despojos de lo que un día fue carne caliente. Aves carroñeras manipulando a su antojo, de forma tan cobarde, lo que apenas unos días antes era un ser cargado de afectos, o de sueños, o de rabia y decepciones, o un hijo de la gran puta, qué importaba, igualados todos y convertidos ahora en un amasijo de materia en descomposición.

De tanto enfrentarse cara a cara con la muerte, el inspector había terminado por dudar de la coherencia de la vida, incapaz de encontrar una explicación racional a semejante desatino existencial. Nada nuevo bajo el sol, y menos viniendo de un tipo tan contradictorio que lo mismo te enseñaba la placa y te ponía los grilletes como te recitaba los versos del capitán.

—¿Y bien?

El forense se quitó los guantes de látex, esos mismos que nada bueno anunciaban a las cavidades corpóreas, y se desabrochó la bata blanca. Con la prestancia y habilidad de un prestidigitador, nada por aquí nada por allá, un cigarrillo surgió de la nada entre sus labios, las volutas de humo envolviendo en tinieblas el cartel de prohibido fumar.

—No hay duda —contestó por fin—, esta vez la causa de la muerte está muy clara.

—Ya —suspiró el inspector sin disimular su enojo por la habitual parquedad de palabras del forense.

---

Al ver que no añadía nada a su lacónico comentario volvió a preguntarle.

—¿Y se puede saber de qué se ha muerto nuestro misterioso hombre del gabán?

—De un disgusto.

—¿Perdón?

—Que se ha muerto de un disgusto. Está clarísimo. Vamos inspector, no ponga esa cara, debería usted saber que los disgustos son la principal causa de muerte de las personas, nada mata más que los disgustos. Unos psicópatas, unos asesinos en serie, eso es lo que son los disgustos.

El inspector le mentó a la madre bajito, para sus adentros. En el fondo le tenía miedo al forense, sabía que quizás algún día acabaría desventrado frente a él como atún de almadraba, a merced de sus dedos amarillentos y apergaminados como piel de tambor. Finalmente se armó de valor y preguntó con sarcasmo:

—¿Y sería mucho pedir que concretara un poco más qué tipo de disgusto se lo llevó por delante? Me refiero a si era un disgusto cancerígeno, o un disgusto violento, tipo apuñalamiento o veneno, o uno de cardiópata, o el disgusto de una sobredosis. No sé, se me ocurre que hay muchos tipos de disgustos, ¿no le parece?

El forense recogió los trastos de puntilla y descabello con los que había sajado lo que quedaba del hombre del gabán, cerró su maletín y por fin concedió condescendiente:

—Una pena, sin duda. Una pena muy grande. Yo diría que este hombre se ha muerto de amor.

El inspector que quería ser artista pensó que semejante informe bien podría salir de la pluma de un poeta, pero dudaba que un cirujano de muertos tuviera arrestos para firmar algo tan romántico. Lo que faltaba —pensó el inspector— ahora resulta que la gente se muere de amor. A este paso habrá que encarcelar a los versos y los ramos de rosas, y arrestar a los corazones partidos

---

y a los besos proscritos. Muerto de amor, venga hombre, no me joda, eso es imposible, desde que no hay caballeros andantes ni princesas prometidas ya nadie se muere de amor. Como mucho dos lagrimitas mientras se tiran a la basura los añicos de los espejos rotos que reflejan los recuerdos distorsionados de algo que un día soñamos y que bautizamos como amor. El inspector lo sabía bien, él mismo había tenido que bajar la basura que dejaron los restos de su naufragio y tirarlos al cubo sin la civilizada opción de reciclar. Por el sumidero se le fueron los buenos momentos y hasta las ganas de vivir. No, eso es imposible, esta vez el formol se le ha subido a la cabeza, ya nadie se muere de amor, lo diga el forense o el árbol de la ciencia. Que no, que no puede ser, que ya nadie se muere de amor. Joder.

---

## 4

Difícil concebir tanta belleza. En esas primeras horas del alba, antes de que la marabunta de turistas invadiera los museos vaticanos con sus chancletas y sus bermudas, sus gorras y sus cámaras de fotos, podía oírse el eco de los pasos del joven Padre Arno sobre el pavimento de mármol de las estancias del Palacio Apostólico. Dos guardias suizos, dos torres rubias y fuertes disfrazados de arlequines de opereta, guardaban la puerta de palisandro que daba acceso a las oficinas de la Secretaría de Estado. El arco de medio punto que formaban sus alabardas apuntando a los cielos franqueó el acceso del joven cura al ala privada del palacio. La claridad anunciada de la mañana se filtraba por los ventanales como haces de luz de una pintura de Fra Angélico o del de Sanzio, una anunciación, pongamos por caso, un Cristo elevado a los altares del firmamento para compartir el trono a la diestra del padre. Lástima no disponer de tiempo para disfrutar de los tesoros que iba dejando a su paso, hornacinas de oro repujado y piedras preciosas, frescos de Miguel Ángel, baldaquinos de Bernini, y una esfera armilar de Girolamo de Verrazzano que nos recordaba que fe y ciencia, a pesar de estar en las antípodas, estaban condenadas a convivir. No era ni mucho menos la primera vez que visitaba

---

el Palacio Apostólico. En sus años de estudiante había pasado muchas tardes admirando las maravillas que se ocultaban entre aquellas paredes, hipnotizado por la belleza que atesoraban los museos vaticanos.

Llegó a la zona más reservada de la Secretaría de Estado, donde se ubicaban las oficinas desde las que se dirigía el complejo entramado de las relaciones exteriores del Estado Vaticano. Y en lo más profundo de ese templo, como si se tratara de la sacristía escondida tras la magnificencia del altar, se encontraba el despacho del cardenal Rúsoli, prefecto máximo y todopoderoso jefe de los servicios secretos pontificios, «La Entidad», como se la conocía desde su creación en los lejanos tiempos de la Santa Alianza. A pocos metros de su despacho, cruzando un pequeño pasillo y subiendo unos pocos escalones, las estancias privadas de Su Santidad el Papa acogían el descanso del representante de Dios en la tierra, el obispo de Roma, al que no bastándole con que su reino no fuera de este mundo, no despreciaba la oportunidad de ser también uno de los hombres más poderosos del orbe en este valle de lágrimas, mientras esperaba el ascenso a los cielos para disfrutar del descanso eterno.

Esa misma mañana muy temprano, a la hora de los maitines, con la oscuridad de la noche vigilando los tejados y las cúpulas de las iglesias y palacios de la ciudad eterna, Su Eminencia el cardenal Enzo Rúsoli había asistido a la misa que diariamente oficiaba el Santo Padre en su capilla privada. Al terminar la celebración siempre había tiempo para compartir un café y unos dulces elaborados por las monjas clarisas encargadas del cuidado del Sumo Pontífice, y comentar, aunque fuera de un modo informal, los principales asuntos que ocupaban a los soldados de Cristo. Al igual que el Papa Pío XII, Rúsoli pertenecía a una familia de nobles romanos, estirpes muy vinculadas a la Iglesia desde hacía siglos. Ellos eran la aristocracia del clero, los que manejaban los

---

hilos de un imperio global y milenario, los que controlaban los resortes de una de las organizaciones más perfectas y sincronizadas de cuantas el ser humano había sido capaz de crear a lo largo de la Historia, manteniendo un equilibrio magistral ente lo tradicional y lo sofisticado. El propio Eugenio Pacelli, antes de recibir por mediación del Espíritu Santo y de las intrigas palaciegas terrenales, el capelo blanco de Santo Padre que lo convertía en el ducentésimo sexagésimo sucesor de San Pedro, había sido Secretario de Estado, es decir, jefe del gobierno de la curia y primer ministro vaticano, posición desde la cual controlaba directamente los servicios secretos de la Santa Sede. Los asuntos de la alta política eran su auténtica pasión. Ello explicaba que una de sus primeras decisiones nada más acceder al trono de Pedro fuese la de prescindir del cargo de Secretario de Estado asumiendo él mismo sus funciones, algo totalmente inédito, lo que *de facto* lo convertía en el más poderoso de cuantos Papas había tenido la Iglesia hasta entonces. Su Eminencia el cardenal Rústoli se había visto beneficiado con esta decisión, pues al carecer de un jefe inmediato su interlocutor más directo, aquel al que reportaba y con el que despachaba prácticamente a diario, era el mismísimo Santo Padre, lo cual le otorgaba un poder extraordinario en el seno de la curia.

Rústoli era gordo como un sapo, sufría de hidropesía, y se movía con la dificultad y lentitud de una morsa gigante. Dos pliegues de grasa formaban una papada descolgada que, prácticamente, le tapaba el alzacuellos. Siempre iba impecablemente afeitado, oliendo a loción fresca para después del rasurado. La cabeza, grande y poderosa, la llevaba pelada al cero, lo que le daba un aspecto aún más rotundo, más sólido, como de estatua de mármol. Los ojos, sin embargo, eran pequeños y penetrantes, diríase que no pertenecían a aquel rostro, como si alguien los hubiera colocado en el lugar equivocado. Ese contraste entre la natural bonhomía de un enorme perro pachón y el acero incan-

---

descendente de una mirada penetrante que surgía de las profundidades del mar de carne y grasa, lo convertían en una presencia realmente inquietante que, tan pronto proporcionaba paz, como causaba desasosiego y una cierta inquietud a sus interlocutores. Si a eso le añadimos que Rúsoli era un hombre tremendamente culto e inteligente, de una frenética rapidez mental, y que vestía con todo el esplendor y el boato de su condición de príncipe de la Iglesia, la púrpura de los elegidos de Dios, con una gran cadena de oro de la que pendía un crucifijo de extraordinaria riqueza, la composición del personaje era la ideal para desempeñar su delicado papel en ese retablo de las maravillas que formaban el Vaticano y su omnímodo poder terrenal.

Arno llegó puntual. Rúsoli era conocido por su escrupuloso respeto al tiempo, tanto al propio como al ajeno. Solía decir que alguien que no es capaz de cumplir con un compromiso tan básico como la puntualidad no es fiable en ninguna otra actividad que realice en su vida. Un reloj de pared, un viejo carillón inglés del XVIII, anunciaba con siete campanadas lentas que ya quedaba una menos para la última que marca el final de la cuenta atrás. Un asistente del cardenal recibió a Arno en el antedespacho, y sin darle tiempo a acomodarse en una de las poltronas tapizadas en terciopelo corinto de la sala de espera, bajo un tapiz barroco tan redundante que anunciaba una anunciación, le abrió las puertas del despacho de Su Reverendísima. Rúsoli le estaba esperando, sentado en un butacón que parecía un trono, las manos entrelazadas sobre el regazo, utilizando su enorme panza como confortable cojín de acomodo. Un solitario rayo de sol que se filtraba desde oriente por la ventana, un explorador atrevido que parecía examinar el terreno para abrirle paso al intenso sol de la mañana que no tardaría en llegar, creaba reflejos dorados iridiscentes al colisionar con el crucifijo de oro macizo que colgaba del cuello del cardenal. Todo en él reflejaba calma y paz, todo excepto aquellos

---

ojos penetrantes, permanentemente en estado de alerta. Arno se acercó al nuevo cardenal. Tomó su mano y le besó el anillo, un gran sello con el emblema de la casa familiar, los Rúsoli descendientes de los emperadores romanos.

—Adelante, Padro Arno, sea bienvenido en esta casa. Tiene buen aspecto. Pero no se quede ahí de pie, hombre de Dios, tome asiento, por favor. ¿Le apetece un café?

—Muchas gracias, Eminencia, no querría causarle ninguna molestia.

—En absoluto, Padre, en absoluto, tómese un café conmigo, esta droga es uno de mis pecados del que no soy capaz de redimirme. Si no me tomo mi dosis de caféina diaria me cuesta mucho pensar con lucidez. Sírvase, por favor.

—Gracias, Eminencia.

—¿Azúcar? A mí me la tiene prohibida el médico, pero bueno, hay veces en que hay que darle algo de juego al diablillo que todos llevamos dentro. Y, en cualquier caso, los médicos tampoco son infalibles, aquí el único infalible es el Santo Padre.

Rúsoli hablaba mientras que con un mano se servía tres terrones de azúcar, y con la otra, la del dedo enjovado, señalaba hacia arriba, no quedaba muy claro si hacia el cielo o simplemente hacia el piso superior donde se encontraban los aposentos privados del Papa. El cardenal era tan dulce en las formas como su café, educado y simpático, un hombre afable al que traicionaba su mirada, un aviso manifiesto para que el interlocutor que tuviera a bien mirarle a los ojos no se llevara a engaño. En el sepulcral silencio de la mañana parecía disponer de todo el tiempo del mundo para dedicarle a su visita. Sin embargo, apenas desperdió unos minutos en los preliminares de cortesía, le bastaban un par de preguntas amables y tres requiebros simpáticos y galantes para generar un clima de complicidad. En eso el cardenal era un consumado maestro, y justo entonces, cuando su interlocutor se

---

relajaba y bajaba la guardia, entraba directamente en materia sin otros preámbulos. Una estocada de esgrimista en todo el pecho, una zambullida, como dicen los buenos tiradores.

—Verá, Padre Arno, le he hecho llamar para encargarle una misión... cómo podría denominarla... delicada, eso es, una misión delicada. Ha sido usted el mejor alumno de nuestra última promoción. Tiene usted unas inmejorables dotes para este trabajo, Padre Arno, es inteligente, culto, políglota, educado, leal... Ah, y muy atractivo, lo que siempre otorga un plus nada desdeñable. En esta sociedad tan materialista los guapos nos sacan a los feos un par de cuerpos de ventaja.

Arno se ruborizó y se removió inquieto en la silla, el platillo y la taza de café en las manos le ayudaban a mantenerlas ocupadas. No estaba cómodo.

—Por eso —continuó el cardenal— he pensado que usted era nuestro hombre ideal para afrontar esta misión.

—Me siento muy honrado, Eminencia —replicó Arno—, pero ya sabe Su Reverendísima que carezco de toda experiencia y lamentaría profundamente no estar a la altura de su confianza.

—Bah —Rúspoli hizo un gesto con su mano regordeta quitándole importancia— no sea usted modesto, Padre. Tiene cualidades más que sobradas para realizar a satisfacción este encargo. Y además la experiencia no es más que un lejano puerto, para llegar a él antes hay que navegar, y quien nunca navega jamás llegará a ese puerto.

Arno sonrió. Rúspoli era muy dado a adornar su discurso con metáforas, eso lo había comprobado en los años de academia en que había sido su profesor. Apuró su café y dejó el platillo con la taza sobre una mesita de roble. Desde el tapiz que cubría una de las paredes del despacho, el arcángel Gabriel parecía mirarle con gesto bondadoso y algo displicente.

—¿Qué sabe usted del apóstol Tomás, Padre Arno?

---

El joven cura carraspeó. Comenzaba el examen.

—No demasiado, Eminencia —contestó—, lo que he aprendido en el seminario y lo poco que hay escrito sobre él. La verdad es que es un personaje esquivo, no nos ha llegado mucha información sobre él, o al menos, que yo sepa, no existen muchos datos históricos contrastables y fiables.

Rúspoli sonrió con satisfacción, el alumno más destacado se sabía la lección.

—Que yo recuerde sólo hay dos o tres referencias directas a él en los evangelios —prosiguió Arno—, la más conocida la que recoge San Juan cuando cuenta cómo Tomás pidió meter sus dedos en las llagas de Cristo para asegurarse de que se trataba de Él y que, en efecto, había resucitado.

—El incrédulo apóstol Tomás —añadió el cardenal.

—En efecto. Desde entonces ha quedado para la Historia como el paradigma de la incredulidad, de la necesidad de los seres humanos de contrastar cualquier información y ponerla en cuarentena.

—Un hombre de poca fe —apostilló su jefe.

—Sí, pero redimido a la postre, al fin y al cabo. También aparece en otros dos pasajes del evangelio de Juan, el de la muerte y resurrección de Lázaro, y durante la última cena, si mi memoria no me falla —Rúspoli asintió complacido—. Hay quien dice que era primo de Jesús, y su nombre significa «gemelo» en arameo. Se habla de él como Tomás el Dídimo, y dídimo en griego también significa «gemelo». Sin embargo, las sagradas escrituras no ofrecen información alguna sobre ese supuesto hermano gemelo —Arno levantó las manos con las palmas hacia arriba, indicando que eso era todo lo que sabía—. Y poco más puedo decirle, Eminencia. Bueno sí, se me olvidaba. También se sabe que, en la diáspora de los apóstoles por todo el mundo, a la muerte y resurrección de nuestro Señor, a él le correspondió la evangeliza-

---

ción de Oriente, y que allí encontró el martirio y la muerte. En la India, si no recuerdo mal.

—Muy bien, Padre —se felicitó el cardenal—, ha dejado lo más interesante para el final, o al menos lo más relevante a efectos del asunto que nos ocupa. En realidad, el primer gran destino del peregrinaje del apóstol Tomás fueron Siria y Egipto. Por esa zona del mundo está el inicio de nuestra civilización, entre el Tigris y el Éufrates. Pero de esas tierras viajó pronto a la India, a la provincia de Kerala, al sur del país. Allí pasó sus últimos años, y allí encontró el martirio y la muerte. En cualquier caso, Padre Arno, no desperdiciemos el tiempo con disquisiciones históricas, eso lo podrá leer usted en los libros. Lo que nos interesa a nosotros es que, durante esos años, al parecer el apóstol escribió unos textos de los que hasta la fecha sólo teníamos noticias vagas, pero ninguna certeza evidente de su existencia. Y eso es ahora lo que parece haber cambiado.

—¿Se ha encontrado el evangelio perdido de Santo Tomás? —preguntó Arno cada vez más interesado en la conversación.

—Exactamente, Padre, exactamente. Esa es la misión que deseamos encargarle, viajar a la India, localizar esos textos y traerlos de vuelta a casa.

—Eso —matizó Arno— en caso de que realmente existan, ¿no es así?

—Ciertamente, Padre, ciertamente. —El cardenal tenía la costumbre de repetir el encabezado de sus intervenciones para enfatizarlas y darles mayor solemnidad—. Pero me temo que en esta ocasión no existen muchas dudas de su existencia. Escuche atentamente, Padre. Hace unas semanas se encontraron unos manuscritos en el desierto, concretamente en una localidad llamada Nag Hammadi, cerca de Luxor, en Egipto. Una buena cantidad de documentación de lo más variada, trece códices en total en los que hay un poco de todo, textos relacionados con el cristianismo